CAPÍTULO LXI. *Que Fernando Cortés ofreció medios de paz a Narváez y los requerimientos que los suyos le hicieron y lo poco que con él valieron los medios que se ordenaban para la paz*

RES DÍAS DESPUÉS DE PARTIDO DE MEXICO el clérigo Guevara y sus compañeros, despachó Fernando Cortés al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era hombre astuto, bien hablado y de buen entendimiento; envió en su compañía a dos castellanos; diole una carta de creencia para Narváez; ordenóle que le afirmase ser testigo de la buena intención que siempre había conocido en él para los negocios de el servicio de Dios y de el rey y que estaba determinado de guiar lo que ahora se ofrecía por bien y que le certificase el amor que le tenía y deseo de servirle y que se tomase algún medio; y que cuando no le viese inclinado a ello, le dijese que aunque Cortés tenía poca gente era más poderoso que él, por tener conocida la tierra y buenas lenguas, que era lo que importaba para ganar el amor de los indios, y que Motecuhzuma, que absolutamente mandaba toda la tierra, en público le honraba y de secreto le avisaba cómo se había de reparar contra los que le querían mal y que por el amor que le tenía no miraban en las palabras que contra él había sabido que decía; y que le suplicaba no se descuidase en hablar porque no ganaría nada en ello y que cuando no quisiese ningún medio de paz, en presencia de la más gente que pudiese, le protestase todos los daños que sucediesen. Que mostrase sus provisiones. Que entrase sin rumor, porque le obedecería en nombre de el rey. Era la sustancia de la carta, representarle su buena voluntad; encargarle la unión entre ellos, por excusar la perdición de lo ganado, la cual había de suceder, y de todos, con la división si los indios lo entendían; pues había más de mil para cada castellano, y pedirle que se viesen para ser de acuerdo; y cuando otra cosa le pareciese convenía que supiese que no pensaba dejar lo que Dios le había dado. Escribió también a su amigo Andrés de Duero y al oidor Lucas Vázquez y los envió buenos presentes de oro; y también otras muchas joyas dio al fraile para que las pudiese repartir a las personas que le pareciese que podía aprovechar.

Llegó primero a manos de Narváez la carta que le escribieron los soldados de Mexico y no respondió a ella. Después llegó el padre Guevara y sus compañeros; dijeron el buen tratamiento que habían recibido; el poder que Cortés tenía; su buena condición; el deseo de ser amigo de Narváez y que aquellos negocios se llevasen por paz y concordia. Mostraron las joyas que les dio; magnificaban la grandeza y riqueza de las poblaciones que habían visto, todo lo contaban en público, con alegría, lo cual juntamente con el descontento que muchos traían de Narváez, comenzó a causar movimiento en los ánimos de muchos soldados, porque unos aborreciendo el rompimiento y llevar las cosas por malos términos, deseaban irse a Cor-

tés para participar de su buena dicha; otros no querían lo uno ni lo otro, sino que holgando de las riquezas con que se hallaba Cortés, confiando en la flaqueza de sus fuerzas, deseaban verse con él para despojarle.

Hubo diversos pareceres entre los amigos de Narváez, y los más le aconsejaban que se pusiese el caso en un medio bueno; pero su mucha confianza no le dio lugar a ello, con lo cual daba a entender a los indios que era el verdadero capitán que había de castigar a Cortés y que poniéndolos en libertad dejaría la tierra y se iría; y los indios, como gente ligera, le creían, seguían y servían. Y con muchos mensajeros, que por momentos iban y venían de Mexico, envió a decir a Motecuhzuma que Cortés era hombre bandolero y codicioso y que en Mexico estaba contra la voluntad de el rey de Castilla y que por su mandado iba a restituirle lo usurpado y castigar aquellos inquietos; que estuviese muy alegre y le ayudase, si en algo le hubiese menester, pues era para su servicio. Estas cosas tenían confuso a Motecuhzuma, porque Fernando Cortés sonriéndose con artificio, unas veces confesaba y otras, disimulando, encubría lo más que podía. Llegó el padre fray Bartolomé de Olmedo y con el artillero llamado Usagre, hermano de otro que iba en el ejército de Narváez con el cual, y con otros amigos, repartió fielmente lo que Cortés le dio; lo mismo hizo el padre Olmedo con Andrés de Duero y con Lucas Vázquez de Aillón. Y como la pretensión de el padre Olmedo y la de Lucas Vázquez era toda una, presto se concertaron. Habló el padre Olmedo a Narváez, diole su carta, hubo junta entre sus amigos sobre lo que se había de hacer y cada uno aconsejaba, según la pasión, buena o mala, que tenía. Los que deseaban que se tomase algún medio lo fundaban en el servicio de el rey, en la buena condición de Diego Velázquez y en la conservación de lo adquirido y afeaban el descomponerse de palabras contra Fernando Cortés. Bernardino de Santa Clara, hombre sabio, dijo que se considerase que Cortés hablaba siempre bien de Narváez y él mal de Cortés, y que pues era poderoso en tan gran tierra que tenía pacífica y con todo eso ofrecía la paz, que no se ensanchase sino que la aceptase porque se arrepentiría, pues con todo el poder que tenía se ponía en peligro de verse perdido en un momento, si todavía no quería paz; y pidió por testimonio a un escribano, como requería al general, en nombre de el rey y de parte de el ejército, que no alterase la tierra, sino que guiase los negocios, conforme al parecer de todos y en especial de el licenciado Aillón y de otras personas de experiencia y crédito. Bien quisiera Narváez castigar a Bernardino de Santa Clara, pero no se atrevió porque era hombre de valor y amigos. El licenciado Aillón, con el calor que le llevó el padre Olmedo, viendo que Cortés quería la paz, también hizo requirimientos a Narváez y so pena de muerte y perdimiento de bienes le mandó en nombre de la Real Audiencia de La Española que no fuese a Mexico, sin verse primero con Fernando Cortés y asentar con él los negocios, porque de otra manera se estorbaba la conversión de los indios y se alteraba la tierra y todos se ponían en peligro de perecer miserablemente a manos de bárbaros, de que Dios sería muy ofendido y el rey deservido. Dijo en público lo que en el viaje había persuadido a Narváez la mala dis-

posición que hallaba en su ánimo y que mostraba más querer vengar a Diego Velázquez que servir al rey.

CAPÍTULO LXII. *Que Pámphilo de Narváez embarca para Cuba al oidor Lucas Vázquez de Aillón y no acepta ningún partido con Cortés; y Cortés habla a su gente y la parte para ir contra él a la costa*

CONSIDERANDO PÁMPHILO DE NARVÁEZ de cuanto impedimento le era el licenciado Lucas Vázquez y viendo que con más calor que primero trataba las cosas sospechando lo que fue, acordó de quitársele delante y con un escribano de cámara de la Real Audiencia, que había ido con él, y el alguacil, los mandó meter en una carabela y ordenó que los llevasen a Cuba, y con el oidor se envió a excusar que lo hacía, porque en el Audiencia no hiciese falta, y a Diego Velázquez escribió las causas por qué le enviaba y que con él se viniese. Diole cuenta de lo hasta entonces sucedido y de el mucho amor que hallaba que todos tenían a Cortés, la confederación que había hecho con los tlaxcaltecas y que por la multitud de indios que le seguían había dificultad en conseguir lo que pretendía, pero que con todo eso esperaba prenderle y enviársele con las informaciones de sus delitos. Lucas Vázquez se hubo también con los marineros, que acabó con ellos, que le llevasen a Santo Domingo; abrió el despacho de Narváez y vio lo que no quisiera de sí, y de todo dio cuenta al Audiencia. Viéndose Narváez libre de Aillón, imprudentemente amenazó a Santa Clara, si hablaba mal de él y le revolvía el ejército. Publicó la guerra contra Cortés y llamóle traidor y usurpador de la tierra. Ofreció premio a quien le prendiese o matase y a otros principales de el ejército, con que iba disgustando más a los que le aborrecían; y Pedro de Villalobos, un portugués, con otros siete soldados fueron los primeros que se pasaron a la Villa Rica y llevaron firmas de otros que se ofrecían de servir a Cortés, de que por momentos y de todo lo demás le avisaba Gonzalo de Sandoval, y otro soldado descontento de Cortés se paso a Narváez.

El capitán Salvatierra, amigo muy íntimo de Narváez y de los que más amenazaban a Cortés, le dijo que mirase que el fraile Olmedo era muy perjudicial en el ejército y que no traía buenos pasos, por lo cual acordó de prenderle, y sabido por Andrés de Duero, se lo impidió, diciendo que aquel fraile era mensajero y si tal hacía era incurrir en mal caso y que bastaban sus términos, fuera de razón, que se usaban, sin que se pudiese decir que en aquel ejército se hacían tantas cosas indignas de cortesía y que por ser religioso convenía respetarle, con lo cual Narváez no trató más de prenderle; el fraile continuaba en sus pláticas e inteligencias y los amigos de Cortés persuadían a Narváez que se viese con él y que para tratarlo se enviáse a Andrés de Duero y Gonzalo de Sandoval, que como capitán vigi-